

comida y bebida y en las ridiculeces de las modas. Los comerciantes eran los que en esta materia daban el ejemplo y servían de modelo á las cortes de los príncipes, además de algunos individuos de la nobleza baja, que se distinguían en estas demasías, por cierto sin darles ningun atractivo. Los esfuerzos de los predicadores, de los satíricos y de los economistas para combatir, estigmatizar y hacer abominar el lujo y derroche en la mesa y en el vestir, fueron completamente inútiles. Hubo autores que con la mayor gravedad atribuyeron los males materiales y morales de Alemania á las especias exóticas, clavo, canela, jengibre, nuez moscada y azafran, introducidas por los comerciantes codiciosos. El hábito de devorar grandes cantidades de carne explica hasta cierto grado el gran consumo de especias, pero peor era mil veces el abuso bestial de la bebida, vicio nacional alemán y antiquísimo, que llegó á su colmo desde el siglo xv al xviii. Fué esta una verdadera calamidad nacional que es imposible querer ocultar si queremos formarnos un juicio exacto de los alemanes en la época de la reforma religiosa. Muchos reventaron por querer beber mas que otros, y no fueron pocos los que, á fuerza de la costumbre de embriagarse, perdieron la razon para el resto de su vida. Grandes y pequeños, ricos y pobres, clérigos y laicos eran igualmente esclavos de Baco. Jamás llegará á desarraigarse este vicio en el pueblo alemán, pero jamás volverá tampoco á tomar las proporciones que tuvo en aquellos siglos.

La misma grosería y el mismo desenfreno reinaban en las relaciones sexuales. Hombres y mujeres se bañaban juntos, legiones de prostitutas recorrían el país, y abundaban los lupaneres en las ciudades. Los oradores sagrados de gran fama consideraban permitido intercalar en sus sermones expresiones y bromas licenciosas; hubo consejos municipales que para obsequiar á los grandes personajes que visitaban las poblaciones, les pagaban el gasto en las casas de prostitución. Creían haber cumplido con la moral prohibiendo á los judíos la entrada en tales casas, y á los clérigos la permanencia demasiado prolongada en ellas, como consta de la ciudad de Nordlingen. El cronista de Nuremberg refiere que cuando el verdugo ó el desollador de reses muertas se casaba, las prostitutas daban un gran baile al cual acudía para verlo gran multitud de la ciudad. La sífilis ó el «mal francés», como se llamaba, era un mal tan comun, que Hutten (1) lo describió con sus síntomas y método curativo en un escrito que dedicó al cardenal Alberto de Maguncia. Humanistas y teólogos rogaban á la Virgen que les preservara de este mal; el ya citado Sebastian Brant, en unos versos dedicados al emperador Maximiliano, desea evitar el contagio venéreo; y cuando una vez Lutero cae enfermo, un médico amigo suyo teme que el mal sea sífilítico. Todo esto y mucho mas nos refieren los escritos serios de aquella época, sin contar libros como las Memorias del conde de Zimmern, y los sainetes y comedias de carnaval, que en són de broma llegan al último límite de la crápula. Con estas costumbres bestiales corría parejas una grosería indescriptible en el trato, que hacia de Alemania la verdadera patria de lo grosero y brutal. La mas alta nobleza usaba maneras que hoy apenas se encuentran ya en las clases mas rudas é incultas; y tanto en la corte del príncipe, como ante el tribunal, en los banquetes y diversiones de los palacios, eran corrientes las bromas mas soeces. Comynnes (2) refiere con indignacion que los caballeros del Palatinado arrojaban en la corte de Bruselas sus botas cubiertas de barro sobre las camas preciosas, y que el emperador Federico III abría siempre á patadas las puertas, al pasar de un aposento

(1) Hutten murió miserablemente de esta enfermedad.

(2) Comynnes, el hombre de confianza de Carlos el Temerario, de Luis XI y de otros reyes de Francia.

á otro. En el año 1547 los extranjeros que habian acudido á Nuremberg, donde á la sazón residía el emperador, vieron á un soberano alemán, el duque de Liegnitz, bambolearse por las calles, completamente beodo, sin calzado y precedido de música. En la fiesta y baile que dió el conde Andrés de Sonnenberg la noche de carnaval, los señores y las damas terminaron la fiesta haciendo llevar un cubo con excrementos de perro remojados, tirándoselos unos á otros y echando á perder los vestidos y los aposentos.

No menos característica era la manifestacion del atraso del buen tacto en el vestir. En este punto se revelaba el carácter del rústico convertido en señor; mezcolanza en extremo ridícula de derroche y riqueza reciente y de barbarie inveterada; mezcolanza que tomó en los siglos xiv y xv todos los caracteres de bufonería estólida, pues eran los hombres los que entonces en este terreno dejaban muy atrás al sexo débil. Las prendas de abrigo y exteriores eran excesivamente holgadas y estaban sobrecargadas de pliegues almidonados; debajo de estas ó mejor dicho en lugar de ellas se llevaba un traje ajustadísimo que dejaba ver las formas del cuerpo en todos sus detalles, excepto donde la desfiguraban adrede con recortes, bollos y acolchados en el pecho, en los brazos y muslos, con figuras fantásticas de otro color cosidas sobre el fondo, y haciendo cada pierna, cada manga, medio pecho, etc., de color distinto y tan chillon como era posible. Los que mas elegantes querían parecer se ponían colorete y pomadas en la cara afeitada, dejaban colgar libremente sobre los hombros toda la cabellera ó la ponían en bucles rigidísimos, despues de darle un baño de clara de huevo batido. Llevaban corsé como las mujeres (3), y el cuello y los hombros sin cubrir. Las mujeres, en cambio, ocultaban el cabello debajo de los abrigos de cabeza mas singulares, y llevaban vestidos de telas caras, pesadas y de mucho vuelo, sobrecargados de pliegues, amén de la cola, y para recogerla por delante y llevar tal masa de tela tuvieron que tomar una posición de cuerpo en extremo desgarbada, que sin embargo se hizo moda y costumbre. Las modas, los colores, prefiriendo siempre los mas chillones, y las telas cada vez mas costosas, se cambiaban continuamente, lo que hizo decir á Geiler de Kaisersberg: «Todo su cuerpo dentro y fuera es la pura necedad y la extrema locura; mil cosas imaginan en su manera de vestir; ahora mangas anchurosas como los sayales de fraile, luego tan estrechas que apenas pueden meter los brazos.» A esto añade el mismo orador que las mujeres de distincion mudaban catorce veces de traje cada semana, y que uno de estos trajes usados por muchas mujeres de la ciudad costaba con las joyas mas de 3,000 florines, suma que representaba entonces el valor que hoy representan 60,000 á 65,000 pesetas.

Una muy conocida disposicion del consejo municipal de Nuremberg en el año 1485, encaminada á encauzar el lujo monstruoso, permite á las mujeres ricas de la ciudad solo 18 vestidos, otras tantas capas y gran variedad de joyas, sobre todo de perlas. No hay que decir que todos los trajes y modas extranjeras eran imitados y combinados, sin acierto ni criterio (4), pero lo mas característico fué en aquella época el cambio vertiginoso de las modas ó caprichos en el vestir.

Esta pasion de derroche necio tuvo consecuencias muy trascendentales para la economía nacional alemana y hasta en el terreno político, porque excitó la envidia y emulacion de la nobleza territorial, que no produciendo como los habitantes de las ciudades, se empeñó, se abrumó de deudas y

(3) Y como no pocos alféreces y tenientes del ejército y estudiantes de la universidad aun hoy en Alemania. (N. del T.)

(4) Mucho de esto se puede observar todavía hoy dia en toda la Alemania, en Inglaterra y los Estados Unidos.

muchos nobles vendieron sus patrimonios. Estos fueron adquiridos por las ciudades ó por particulares, y tanto las unas como los otros explotaron las tierras adquiridas muchísimo mejor que sus poseedores anteriores, los cuales nunca habian pensado en introducir mejoras en la explotacion de sus propiedades. A las ciudades se debe la introduccion y fomento de la horticultura, y á la de Nuremberg el arte de repoblar los bosques. Ya en el siglo xiv usaba la ciudad de Erfurt, en su bosque, el sistema parcelario que permite la repoblacion continua. Las ciudades introdujeron, extendieron y facilitaron tambien la redencion de servidumbres y la abolicion de

los pagos en especie por los arriendos y gravámenes, reduciéndolos á su equivalencia en dinero y á una renta fija. Al principio los propietarios nobles imitaron en esto las ciudades, pero luego, en el siglo xv, echaron ya de ver que por este camino movilizaban demasiado sus rentas y las gastaban con mas facilidad, sin poder nunca acrecentarlas como los industriales y comerciantes. Entonces muchos nobles en sus apuros pecuniarios subieron las rentas estipuladas en las redenciones, y otros restablecieron los antiguos pagos en productos, lo cual contribuyó mucho, como veremos mas adelante, á las sublevaciones rurales, porque semejante arbi-



Un baile en la corte de Munich, durante el gobierno del duque Alberto IV (año 1500)
Facsimile reducido de un grabado en cobre de Mateo Zasinger

trariedad hundió en la miseria á muchos labradores que estaban en camino de crearse una posición mas desahogada y mas digna que antes.

La poblacion rural de Alemania, salvo alguna excepcion insignificante, era esclava del propietario territorial; es decir, era sierva afecta á la gleba que cultivaba ó en que vivía. Solo en las tierras bajas en la Holanda de hoy y en los Alpes habia algunos grupos de labradores libres y hasta algunos constituidos en una especie de república. La inmensa mayoría de la poblacion rural alemana era sierva, pero los grados de servidumbre eran muchísimos, desde la esclavitud completa hasta la posición del colono hereditario. Esta última clase llegó á formar con el tiempo la base de la poblacion agrícola de Alemania.

Con siervos alemanes los magnates conquistadores germanizaron en el siglo xiii el territorio hoy alemán al otro lado del rio Elba, habitado entonces por la raza eslava, principalmente por la rama venda (1). Esta germanizacion es la ma-

(1) Que se conserva todavía con su idioma y costumbres en número de 140,000 almas en la Lusacia principalmente, antigua region distribuida hoy entre la Sajonia y las provincias de Silesia y Brandeburgo de

yor y la mas sólida que el pueblo alemán ha llevado á cabo.

Tarea difícilísima es hacer una pintura exacta de la situación de la poblacion rural alemana á la conclusion de la Edad media, por la falta de datos que no sean defectuosos y fragmentarios. Podrá tener algun fondo de verdad la opinion de Jacobo Grimm, segun la cual la servidumbre y la esclavitud antiguas eran mas llevaderas y humanitarias que la existencia afflictiva de los labradores y braceros de fábrica de nuestros días; pero no debemos aplicar á la generalidad lo que acaso sucedia solo en algunas poblaciones y en circunstancias especiales. Las máximas originarias del Sudoeste de Alemania que reclaman buen trato en favor de los labradores cuando trabajan para el señor del territorio, y de los que entregan lo que les toca como colonos ó censatarios, y quieren que se añadan á la buena alimentacion hasta música y danza, no tenían aplicacion general, ni siquiera se sabe que fuesen jamás practicadas; pero aun admitiendo que las presta-

Prusia. La germanizacion del país entre los rios Elba y Oder y mas allá de este último se debe á las poblaciones de las muchas ciudades grandes y pequeñas que los alemanes poblaron y fortificaron ó que, aunque en menor número, fundaron.

ciones personales y los censos y otras imposiciones hubiesen sido equitativos en la mayoría de los casos, y que la esclavitud fuera templada en gran manera con la introducción de prestaciones personales, primero ilimitadas y después definidas y fijas, quedaban siempre un horrible yugo y una masa abrumadora de cargas y obligaciones que pesaban sobre la gente del campo. Los labradores debían sentir doblemente tales cargas en la época de la prosperidad general y en presencia del lujo material y grosero por ellos hasta entonces nunca visto. Además del diezmo que cobraba la Iglesia, el infeliz labrador debía pagar al señor del terreno otros diezmos de todo cuanto producía en frutos, pastos, heno, paja, cáñamo, telas, legumbres, leche, vino, huevos y carne ó cabezas de ganado vivo y de todos los animales de corral, prestaciones corporales (1) y de ganado y carro. Estas prestaciones habían sido necesarias en épocas anteriores en que no tenía curso el dinero, y aun después eran, según el caso, menos gravosas, á lo menos en apariencia, que reducidas á su equivalente en metálico. Mas tarde fueron reglamentadas y limitadas; en los ducados de Austria, por ejemplo, á un máximo de doce jornales anuales; pero aun así, fueron miradas como carga onerosísima cuando el cultivo se fué haciendo algo intensivo. A la muerte de un colono siervo ó semi-siervo se quedaba el señor con la mejor cabeza de ganado y el mejor vestido del difunto. Es muy divertido leer cómo fueron tratados en una casa señorial el carbonero y el carpintero cuando fueron á pagar su censo al señor. Éste regaló á cada uno paño para dos calzones por haberse presentado con puntualidad; por la noche les mandó poner una cama de paja y encender un buen fuego para que se calentaran é hizo tocar un violín hasta que se quedaron dormidos, y á la mañana siguiente les dió por despedida á cada uno un par de zapatos nuevos. También leemos que al ir á cobrar los censos á casa del colono, el uso prescribía al cobrador no hacer ruido para no despertar al niño en la cuna, ni espantar al gallo posado sobre la puerta de la cerca; pero por otra parte se lee que cada año, ó cada día y hasta á veces cada hora de morosidad en el pago del censo, se duplicaba la cantidad. Además había el derecho de pernada (*jus prima noctis*) del señor, con las bromas indignas que acompañaban á su práctica, obligando al recién casado á coger las pulgas de la cama del señor, ó á hacer callar las ranas del estanque ó foso del castillo y otras mortificaciones por el estilo, que suponían en el infeliz labrador, colono ó bracero la ausencia total de dignidad personal, y que si existía solo un átomo de ella, debían exasperar al infeliz.

Mucho dependía, por supuesto, de la manera más ó menos tiránica y ruda con que los señores ejercían sus derechos. En el siglo xv se fueron multiplicando las quejas de la gente del campo contra sus amos, cada vez más opresores, mientras por otra parte algunos criticaban la creciente opulencia y soberbia de los labradores. Lo que no admite duda es que el cambio de las condiciones económicas del país debía producir necesariamente una agitación notable, tanto en la clase de los señores territoriales como entre sus súbditos siervos.

Las noticias escasas que tenemos sobre los precios de los comestibles y el consumo de la carne nos permiten suponer que la vida material era mucho más barata y más fácil de satisfacer en el siglo xv que en el siguiente. Puede admitirse como cierto que antes del gran descrédito de las monedas, en muchas comarcas de Alemania, el pueblo bajo, incluso el bracero, comía cada día carne y bebía vino en abundancia. Existe una disposición gubernativa de Sajonia del año 1482

(1) Hasta cuatro y aun seis días por semana, teniendo el labrador en este último caso solo las noches y domingos para cultivar su campo, huerto ó viña.

que manda á los obreros artesanos y á los segadores contentarse (2) con cuatro comidas fuertes al día y cinco leves en los días de ayuno. Un conde de Oettingen hacía dar á sus braceros, á sus colonos en los días de prestación personal y á los obreros siervos, por la mañana una sopa, á mediodía cuatro platos, dos de ellos de carne, y por la noche tres, dos de ellos de carne también.

Los moralistas de la época nos hablan de labradores que, al vender sus productos en el mercado de la ciudad, daban pruebas de talento mercantil, y Sebastian Brant dice en tono de reconvencción «que los labradores antes se habían contentado con agua, y que en su tiempo bebían vino, que tenían mucho dinero y que, en punto á engaños, podían dar lecciones á los habitantes de las ciudades.» Todos los escritos concuerdan en criticar á los labradores por su lujo en el vestir, lo que siempre ha excitado la bilis de los conservadores, amigos de distinguir las clases de la sociedad; «el comerciante — dice Brant, — quiere hoy ser noble; el noble pretende ser baron; el conde aspira á ser príncipe, y el príncipe, rey. Los nobles ya no se distinguen exteriormente de los habitantes de la ciudad ni de los del campo.»

Las personas de más juicio de la nobleza recomendaban en vano á los suyos la sencillez distinguida, y uno de ellos mandó á su familia dejar el lujo de los vestidos de seda y de terciopelo, «indignos de gente noble,» á las familias de los comerciantes explotadores del público. Pero este ejemplo no produjo efecto, como lo prueba el caso de una dama noble de Suabia que vendió una aldea para lucir en un torneo una falda de terciopelo azul.

La rivalidad en el lujo se comunicó á la población rural, especialmente en Suiza y en el Mediodía de Alemania. Las guerras de Borgoña y la introducción de la fuerza de infantería, formada de gente robusta del campo, vagabunda y aventurera, excitaron el amor propio y la ambición de aquella gente. El aldeano que había servido en estos cuerpos y los que veían aquellos soldados en su traje extraño, con los calzones ajustadísimos, de colores chillones, ribetes, lazos y figuras fantásticas, traje que excedía en extravagancia á cuanto podía observarse en las ciudades más grandes, se enorgullecían al ver en tales guerreros empuñando su larguísima y terrible lanza gente de su clase, y quería ser «señor» como ellos. Así un autor de aquella época, apologista de «los buenos tiempos antiguos,» dice «que de treinta años á aquella parte no nacían ya legítimos aldeanos labradores.» «A los labradores — dice Geiler, — se les trata ahora de señores, y el aldeano dice: — ¿Y qué? ¿No tengo yo dinero y vestidos como un señor?»

No hay motivo para calificar estas descripciones de pura invención, si bien es necesario conceder la parte correspondiente á la tendencia de los moralistas y satíricos, que exageraban los males y las ridiculeces que criticaban. Los aldeanos alemanes, sobre todo en el Mediodía del imperio, no eran por cierto en el siglo xv la miserable raza de esclavos como los llama á mediados del siglo xvi Sebastian Munster. Algo les tocaba de la prosperidad de las ciudades, y en diferentes partes del imperio había entonces en la población rural un bienestar excepcional, hasta lujo, y en general, completa satisfacción de las primeras necesidades de la vida. Según una expresión de Rolewinck, los nobles de Westfalia se quejaban de que un labrador tuviera más crédito que diez nobles. A pesar de estos datos, los autores que compadecen en sus escritos á la clase infeliz que vivía tiranizada por sus señores, tenían razón. Muchos señores podían sin duda envidiar la posición de sus labradores, pues que ellos se arruinaban para

(2) En casa de sus amos.

atender á las exigencias verdaderas ó imaginarias de su posición, y tantos debieron de encontrarse en esta situación, que en el siglo xv se multiplican los indicios de una corriente dirigida contra la independencia y el bienestar de la población rural. Esta tendencia tomó más incremento con la gran sublevarción de los labradores, los cuales, al fin, vieron aumentadas sus cargas y su dependencia de los señores. «Cuando los pobres solicitan algún favor de sus señores y muestran después su agradecimiento con algún regalo, dice un escritor de aquella época, se hace de este regalo una contribución perpétua.» A los censos, prestaciones, gabelas, diezmos y demás innumerables impuestos de los señores, se agregaban el servicio de armas, prestaciones personales y de ganado y carros, derechos de tránsito y otros á favor del soberano del país, grande ó pequeño. Los soberanos, siguiendo los consejos de sus hombres de ley, se declaraban propietarios de todo territorio, bosque, pasto y campos pertenecientes á las comunidades ó al cantón, como hizo el conde palatino Federico el Victorioso, mas para reservarse con esto el derecho exclusivo de caza que para otro objeto. No obstante, esta arbitrariedad del príncipe y de los demás que le imitaron, contribuyó en gran manera á conservar los bosques de Alemania. La pasión de caza de aquellos señores produjo leyes verdaderamente feroces, como entre otras la de Wurtemberg, que castigaba con la pérdida de los ojos al desgraciado que armado de ballesta ó mosquete ponía los pies en el territorio reservado para la caza del señor ó del soberano del país. Mas perjudicial que todo resultó para la clase rural el prurito de los hombres de ley de reducir los diversos é innumerables usos tradicionales que hacían las veces de leyes, y adaptarlos á los principios sencillos de la legislación romana. Mucho trabajaron para establecer la enfiteusis, y donde no fué esto posible, se obligó á los labradores á ser ó arrendatarios de las tierras señoriales que cultivaban, ó verdaderos siervos. Todas estas simplificaciones se hacían, por supuesto, siempre que redundaban en beneficio del señor y en perjuicio del pobre labrador; sucediendo que muchos de éstos que cultivaban tierras de su señor en calidad de colonos, recayeron ya en el siglo xv en la servidumbre ó en la esclavitud completa. Tal era la situación de la clase rural antes de la reforma religiosa en toda la Alemania, conforme lo prueban muchos documentos; solo que en algunos casos la esclavitud había perdido algo de su dureza primitiva por efecto de la mezcla de colonos de todos grados con los siervos y esclavos. Una colección popular de leyes tradicionales publicada en 1504 por el cura párroco Hugo de Schlettstadt (Alsacia), dice que si entre las personas libres hay muchas gradaciones de clase, no sucede lo mismo entre la gente sierva ó esclava; «pero, añade, antes de haberse inventado el vino, todos los hombres eran libres y no había más que una sola clase de libertad.» Durante todo el siglo xv los abades del monasterio de Kempton trabajaron por transformar gradualmente á sus labradores más ó menos libres en simples siervos, sin retroceder ante ningún medio por inícuo que fuese, desde el abuso de la autoridad jurisdiccional y del confesionario hasta la falsificación de documentos. El abad Juan II se limitó á responder á las reclamaciones que no hacía más que lo que hacían otros señores. Las diferencias que una conducta semejante originó entre el monasterio y los labradores de Steingaden, fueron zanjadas en el año 1423 por los duques Ernesto y Guillermo de Baviera, decidiendo que los hijos de los siervos heredasen á sus padres y que el monasterio no pudiera en adelante obligar á ninguno de sus súbditos á contraer matrimonio.

Un escritor revolucionario del año 1438 dice que los monasterios y conventos tenían esclavos, como los condes y caballeros; que disponían de la vida de las personas que les

pertenecían; que hacían viudas y huérfanos, y muerto el padre se quedaban con cuanto éste tenía; que si lo volvían á ceder, era imponiendo un censo, y que si el nuevo censatario conseguía pagarlo, le mortificaban con multas, prohibiciones y cargas, hasta que quedaba reducido á la esclavitud completa, trabajando solo para el amo.

Esta lucha tenaz de los señores para esclavizar á sus colonos y siervos, no es más que una parte de las fuerzas encontradas que trabajaban la Alemania antes de la reforma religiosa, y que se manifiestan en toda sociedad como precursoras de grandes cambios. Las diferentes clases sociales, que todas querían imitar la vida más regalada de la opulenta clase media de las ciudades, procuraban no obstante aislarse rigurosamente, como si temiesen desaparecer en la nivelación general. Aunque en cuanto á rudeza y repugnante grosería en el trato, en el lenguaje y en las costumbres, todas las clases se parecían y nada tenían que echarse en cara ni que envidiarse, todavía perteneciendo á una clase querían darse la importancia relativa de ser algo que otros no eran, y de ahí las vallas de que cada clase se rodeó y las dificultades que creó para el ingreso en ella, como hicieron las ciudades con el derecho de vecindad y ciudadanía, los gremios de los maestros y las asociaciones de los oficiales obreros de cada oficio. En todo se introdujo una pedantería brutal. Los cabildos de las catedrales y colegiatas se transformaron en sinecuras de la nobleza; los escolares y hasta los soldados mercenarios formaron, como los maestros y obreros, grupos con su ceremonial ridículo de entrada, de aprendizaje, sus bromas salvajes é inícuas antes de admitir á los noveles en calidad de compañeros é iniciados. Se elaboró nimiamente la ciencia heráldica y el ceremonial de los torneos y demás diversiones de la nobleza. Este aislamiento riguroso daba lugar naturalmente á rudos y continuos conflictos entre los grupos más inmediatos, conflictos que daban á toda la situación un carácter de guerra y hostilidad permanentes, en que se manifestaba, como es de suponer, la brutalidad de todas las clases sociales.

En ninguna manifestación del genio alemán se expresa más el carácter de las diferentes épocas de la historia del pueblo que en sus canciones, y una «Amonestación cristiana» del año 1509 dice de los alemanes: «Cuando se juntan dos ó tres personas han de cantar; todo el mundo canta, trabajando en casa ó en el campo, orando y haciendo actos de devoción, en la alegría y en la tristeza.» Los versos satíricos, cuyo tipo más prominente es el ya citado *Bugue de Locos* de Sebastian Brant, tratan de las diferentes clases sociales y nos revelan el carácter y espíritu de todas ellas y el estado general de la sociedad y civilización, mejor que todos los demás documentos. Una de estas poesías populares dice al noble: «Si quieres comer, jóven noble, sigue mi doctrina, monta á caballo y recorre tu territorio. Verás al labrador que va con carreta á hacer provision de leña; cógele por el cuello, desunce sus caballos para llevártelos y á él arráncale el gaznate.» Sebastian Brant equipara á los hombres de ley con los nobles bandoleros y salteadores de caminos, y les condena, como á éstos, á la execración del pueblo; con la diferencia de que los caballeros ladrones se exponen á la intemperie y aun arriesgan la vida, mientras la gente de pluma tiene su alma en el tintero y no necesita más que un labrador gordo y lustroso para llenar su olla. Geiler de Kaisersberg clasifica entre las siete clases de malos cristianos juntamente con los recaudadores de impuestos, corchetes y sayones, á los médicos, poetas y hombres versados en las leyes. En los sainetes carnavalescos y en los sermones se desencadenaba la crítica contra determinadas ó contra todas las clases, pintando á los individuos de cada una como la hez de la huma-